

Dr. Juan Freile Granizo*

Otavalo en Bolívar

(Charla sustentada en el IOA)

* Departamento de Historia IOA

El paso ágil de Bolívar se detiene, y al detenerse -rememora tal vez el ruido libertario del cañón- en Bombona, la espada sangrienta y cimbreante, su esencia es femenina al fin, del campo iconoclasta de Boyacá, y, sobre todo y pese a todo, recuerda la letra mensajera de Sucre, mártir y héroe, en el parte de Batalla de Pichincha, que signa la derrota dolorida de España y el amanecer del ya muerto Reino de los Quitus, desde aquel instante ya Ecuador.

Se le ha abierto la Patria equinoccial -línea y paisaje, horizonte y trigal, a su llegada; ha dejado atrás, nada más que en el camino pero nunca en su memoria libertaria, las Vegas de San Antonio de Caranqui en donde la agostada se convirtió en historia, legendaria y guerrera. Lejos queda ya, recostada en el flaco brumoso de la tierra, la laguna martirizada de

la sangre donde sus ojos derramarían lágrimas; y su mirada bélica dulcificase en los anacos negros, en los ponchos azules, en los labios de capulí, tzimbalo y qualicón. Otavalo ya no es un nombre solamente en las misivas y recados de sus capitanes, que es presencia vital, resucitadora. Está cansado el hombre y su espíritu, se presiente, en el viento que no brama y en las calladas armas del ejército, que desea soñar en la grata duermevela de la tranquila paz.

Hacer memoria de los viejos años, del Monte Sacro, de Isabel Toro, sus recuerdos mejores. Y Otavalo es quieto como una garza en vuelo. Y Otavalo es tranquilo en lacustre pro-sapia. Otavalo es la paz olivar y fresca del agua samaritana y generosa.

Bolívar rememora... Escribe en el pergamino blanco de las nubes y sus párpados se cierran y es entonces, nuevo delirio antes del delirio, que al firmar, reciamente y varón, que la Historia mayúscula se desgrana en la tinta y contempla, y con cuanta constancia y voluntad, los siglos destruidos en el tiempo de esta nueva ciudad que nace fresca aunque su edad se pierda en los mismos orígenes del mundo.

El mar, el duro mar para su arado triste y lacérante, se puebla de premoniciones abandonando su costumbre azul y no se sabe si es espuma o si son velas, si humo de fogatas intangibles o simplemente si son esperanzas aborígenes... El mar se pacifica - parece que no esperara el lejano futuro de Balboa y de la Isla del Gallo - y es un chaquiñán de amaneceres, una marcha nupcial sustentando las balsas por sobre la delgada sombra del equinoccio... ¡No

son las viracochas! Es la raza de América que trae en sus morrales infinitas ansias heliolátricas, semillas de maíz, flores de guanto, chicha de jora, chilcas, cóndores, pumas, tarugas.... Se viene con el hombre el diccionario de una nueva flora, el runashimi de una recién inaugurada fauna.... Y una futura raedera de obsidiana, una brillante masa de granito, una hacha de pórfido, una joya de jade, una estólida de chonta..... vienen en pos los sonos del Saltashpa, de los sanjuanés se escucha el triste arrullar de tórtola, el bravo churo de combate se oye.... se siente ya la tierna contextura de la llama, la alpaca y la vicuña... y en la tierra que no tuvo huellas se siente el pie ligero de los Caras... En la playa lejana -no todavía en las lagunas ni tampoco en la tranquila costumbre húmeda de los ríos inquietos- es un rumor apenas la llegada, el desembarco de nuestros distantes abuelos ancestrales...

En la lejana noche de los tiempos prehistóricos se presiente el cauto paso de Tumba y en arena se rubrica el origen del padre de los padres... En el aire impaciente se vislumbra el connubio de Quitumbe con Llira y su perfume.... La entelequia que entonces es Catari, el quipucamayó de otro lago inmemorial -el Titicaca- redacta ya en la piedra el desgarrarse doloroso de la despedida; Atau, el primogénito, petrucio de la familia incaica, parte hacia el sur, le llama un destino de Quechuas y de Cusco; en tanto que Thome tiene ansiedades propicias para el advenimiento de las Tribus Quiteñas: los caranquis y los puruguays, los Paltas y los Cañaris, Chonos y Guancahuilcas, Shuaros y Avshtaris; su destino es más solar y próximo y hacia él sus sueños encamina....

El héroe suspira, adivinaciones dulces se perfilan en el rasgo de añil cuando su nombre estampa en el decreto que condecora a SARANCE y hace memoria todavía... y con los ojos de Thome mira la sangre Quitu que se riega como semilla desde siempre esperada en los surcos abiertos de los Andes indómitos...

Poco a poco, en el lento devenir del tiempo -cuando allá en la lejana Iberia los padres abuelengos de Bolívar están pintando en Altamira su fauna rupestre - la tierra, desde ese instante Imbaya, se puebla de nombres tutelares, las montañas, ancianas en el hielo y cálidas de lava - adquieren su presencia totémica de dioces: Cotacachi, cayado para el sol cuando oscurece: Cajas, cuna breve para el horizonte; Cayambe, en donde el agua tuvo intención de cielo y se hizo nieve.... y el tótem de los tótems, Imbabura, Taita nuestro Imbabura, corazón y soldado, sacerdote y amigo, Shamán, poeta y cronista sin palabras de la historia tribal otavaleña.....

Los ríos al contemplar el paso de la raza nueva y su sed de distancias, se detienen hasta la eternidad y se convierten en lagos infinitos, esencia y perfume autonómica; y en la lengua de los caras se bautizan: Chicapán y Sarance -y en el futuro conquistador idioma se llamará San Pablo- al pie del Imbabura, como decir un espejo o su retrato... Cuicocha, moya de caza para el inca postrero que nacerá más tarde; Cubilche, en la escondida soledad de la montaña nos dice su humildad; Mojanda, en donde el páramo se deshizo en lágrima; y ella, la laguna que sufrirá la sangre de sus hijos más fuertes, que en raro sortilegio no quiso ser nom-

brada -una heridora presencia guambracuna la estremece de pronto. Al llamado sagrado del Sol surgen los pueblos: Otavalo, el primero, como piedra miliar de una prosapia recia, de una estirpe magnífica.... Cotacachi, gemela de su montaña grácil y guardiana también de su presencia.... Peguche en donde el aborigen inventó la tela y las doncellas tapizan los primeros ponchos.... el pueblo de la sangre acuchillada: Caranqui; Camuendo, solar para la coca de los príncipes.... Imbaquí, Pimampiro, Caguasquí.... Empero, al Padre Libertador se le olvida otros nombres pues, de improviso, despierta; el sobresalto del aciago Septiembre de repente le trae redivivo el intento falaz y en su cabeza surge Yaguarcocha y en el corazón siente una daga como el puñal aquel de Huayna Capac en el castigo cruel. A Bolívar le duele el agua triste de Yaguarcocha... piensa, tal vez, en Santa Marta... se dulcifica, entonces, su mirada, se recrea relejendo en el recuerdo las cartas de Manuela - Su mil veces Libertadora -... y, luego luego anota en el diario de su alma más tarde recordarla, porque vienen y los mira de pie-bravos y alertas- en el paisaje azul a los hombres de Otavalo, aquellos que sufrieron y murieron en los cepos de los obrajes, donde la bayeta se teñía con vidas desterradas; aquellos que dejaron en sembríos, páramos y quebradas su vida desgarrada cuando el levantamiento; aquellos quedieron homenaje a la Patria y fueron a morir -sin siquiera una señal en su tumba-, en las batallas lejanas entre extranjeros en Pasto, y más tarde después en Guaspud... todos están mirando, mirando a Bolívar.... Puentos, Pichanguangos, Lemas, Imbacuangos, Miras, Anraquilagos, Gualchiquichines, Cachumuets, Perugachos, Calpas, Chulcas, Cabascangos, Morochos, Masas, Billas, Ayjalas, Chachugs, Pinsas, Tapaces, Mondongotupis, Catabaguanes, Imbas,

Pures, Quilumbaquines, Cuchimbas, Anrrangos, Muenales, todos, todos están: tributarios, mitavos y caciques.... los vivos y los muertos, los de antes y los de hoy, los de siempre. Tejedores y gañanes, ovejeros, sembradores, huasicamas y yanacunas, mujeres, niños, varones, están, todos, todos, están... más, se van y diluyen en la niebla temaz del Imbabura, y en el trueno distante se adivina a la muerte española que viene desde Tangarará y Tomebamba se presiente la derrota de Tio-Cajas y la erupción atávica del Cotopaxi.... Se oye el rasgar de los plumarios en el papel donde queda Riobamba hecha ciudad y queda Quito como ya pronta sede de una Audiencia.... Se huele la lenta lluvia borrar los nombres invasores y se disuelven Benalcázar, Rodrigo de Salazar con su Joroba anímica en la espalda, y Puelles matador de Quingalumbo y Zopozopagua; y transcriben también, mientras cae la lluvia, Paredes, Cisneros, Zárate, Paz Ponce de León, Cabrera, Núñez de Bonilla.... Corregidores que es como decir España en Otavalo... pasan también inopinadamente los duros encomenderos, son Sandovales, Méndez, Hernández, Villanuevas, Padillas, Riveras, y Quiróz. Pero no, no quiere entristecerse el gran Bolívar, y prefiere las memorias buenas, y es que ha sufrido tanto, tanta lágrima ha escondido en el capote militar antes de la Batalla... se solaza mirando a las calles tranquilas, los pequeños campanarios, los ejidos sonrientes.... piensa en Copacabana, el Jordán, San Luis, el Empedrado, y siente que una paz perenne le ilumina el alma y, como si firmara un armisticio ya nunca deleznable -su pluma es una espada para calmar sus ansias- rubrica, como un rayo de una final tormenta, su deseo: sea siempre la Villa de San Luis de Otavalo, y se sonríe.